

¿Qué educación puede suponer revolución esperanzada de la humanidad futura?

Enrique Belenguer Calpe

Catedrático de la Universidad de La Laguna (Tenerife).

De entrada hemos de preguntarnos qué tipo de educación puede hacer realidad que el futuro de la humanidad se halle repleto de fundadas esperanzas. Lo que no nos cabe la menor duda es que la educación actual en el llamado mundo occidental es tan atractiva como vacía de fortaleza y hondura, tan blanda como inservible.

Pues bien, la educación posibilitadora —utilizando un símil mouneriano— ha de ser más luminosa que dinámica (aún cuando ambos adjetivos no se opongan entre sí). Pero es evidente que me siento incapaz de ofrecer panaceas educativas; el salvador, el soteriólogo siempre hay que verlo con suma prevención.

Por consiguiente, no podemos silenciar la necesidad de elaborar, desde nuestro presente agónico, teorías educativas liberadoras y emancipadoras a partir de los análisis históricos previos del pensamiento pedagógico y de la filosofía de la educación. Pero esta necesaria y urgente labor está, sin duda, por hacer; aún es más, no interesa que se realice.

Sin embargo, vamos a ofrecer unos rasgos que, a nuestro modo de ver, debería tener la educación en los momentos actuales. Frente



al sistema educativo occidental embebido de blandura y melifluidad, producto de un Naturalismo que enfatiza la vida «fuera» del mundo; frente a la individualización y el tribalismo que conducen a una comunalidad imposible; frente a la planetarización de una pequeña burguesía en consonancia con un proyecto de globalización del capital que paradójicamente convive con los discursos de «patria», «perpetuidad», «identidad», «idiosincrasia», «raíces», «diversidad», «diferencias» ...; frente a la vida desnuda y la ausencia de alteridad y singularidad; frente al triunfo —especialmente anadialéctico— del puerocentrismo sobre el viejo magistrocentrismo; frente al subrayado en el peso del alumno que arrincona por completo el peso de las disciplinas; frente a la edificación de la infancia, sustituta del «magister dixit»; frente al religamiento con la inmanencia inmutable que imposibilita la trascendencia transformadora de lo inmanente ...

Proponemos:

- Pedagogía «dura» que reconceptualice términos «fuertes» como disciplina, obediencia, autoridad, deber, perseverancia.
- Pedagogía «dura» o, lo que es lo mismo, despedazamiento de pensamientos «débiles». Entiéndase bien: no estamos reclamando la vuelta al pasado, a un sistema escolástico o tradicional de enseñanza.
- Configuración de teorías educativas hermenéuticas y críticas, radicales y liberadoras, progresistas y emancipadoras.
- Vida *en* el mundo.
- Singularidad y dualidad.
- Ni «unidades de destino en lo universal», ni xenófobas tibetanizaciones.

- Relación anadialéctica entre los componentes de antiguas y siempre nuevas dicotomías.
- Asentamiento en un «logos» del que emana la autonomía del ser humano, junto a la universalidad de las normas morales.
- Razón sentiente o razón cordial.
- Sabiduría del sentimiento y fundamentalmente del AMOR, de la filia y de la pasión. (Como dice el Dr. Carlos Díaz, frente al cartesiano «pienso, luego existo», el «soy amado, luego existo»).
- Ética «fuerte» y exigencia de «máximos».
- Vivencia de un mismo tiempo subjetivo.
- Alejamiento de análisis psicologizantes, que encubren los profundos problemas históricos y sociológicos.
- Instalación en un prisma de contestación, de trasgresión, de compromiso y de disidencia, de proyecto alternativo ante el establishment existente. Uso del librepensamiento.
- Alteridad e imbricación entre inmanencia y trascendencia; fusión con el otro y, en el caso de los creyentes, con el Absolutamente Otro.
- Todo lo anterior co-implica un posible camino (no único y verdadero): el personalismo práctico (comunitario, en palabras de Carlos Díaz).
- Un personalismo comunitario, siempre en actitud dialógica con otros paradigmas propiciadores de cambio interior y exterior (si existiera un único y absolutamente verdadero paradigma, no tendría sentido la existencia de otros paradigmas).
- En suma, razón profética que propicie una educación fraterna, por ello igualitaria (no nive-

ladora a lo Babeuf) y, por ello, libre.

Porque el lema de la Revolución Francesa de «libertad, igualdad y fraternidad» sigue teniendo una vigencia extraordinaria. Pero hay que dislocarlo en su urdiembre interna:

1. *Fraternidad*, que supone horizontalidad, que implica tener un mismo padre y, por tanto, sentirse hermanos (el término «solidaridad», tan de moda en nuestros días, supone verticalidad).
2. Por ser fraternos, somos iguales, radicalmente *iguales*.
3. Por ser fraternos e iguales nos anegamos de *libertad*, vivimos inmersos en ella.

Ahora bien, este lema, trastocando y dislocando en su entramado, no ha de ser ya portaestandarte de la clase burguesa que se considera representante de sí misma y de toda la humanidad; ha de ser el frontispicio vital y sintiente de la humanidad entera —y especialmente de los sectores sociales más oprimidos— que camina hacia su total humanización.

Como escribe la Madre Teresa de Calcuta, la vida es una oportunidad, es belleza, es un sueño, un reto, un deber, un juego, es riqueza, amor, es un misterio, es tristeza, es un himno, un combate, una tragedia, una aventura, es felicidad. La vida es ... la vida.

Y hay que vivirla como persona comunitaria, comprometida, distante de la incontaminación, del neutralismo y de la asepsia ideológica, autoconsciente y asentada en el peso de una educación que demanda educar-SE, educando-NOS. Definitivamente, el futuro de la humanidad y de los pueblos está en la educación.